

UNA HISTORIA DIGNA DE SER CONTADA

INDIA (SEP). - A Arunachalam Muruganatham su invento le costó mucho: estuvo a punto de perder a su familia, su dinero y su lugar en la sociedad. Pero nunca perdió su sentido de humor.

"Todo empezó con mi esposa", cuenta, en su natal India.

En 1998 se acababa de casar y su mundo giraba en torno a su cónyuge, Shanthi, y su madre viuda. Un día vio que su mujer estaba escondiendo algo y cuando se enteró de qué era le aterró: "trapos asquerosos" que usaba durante la menstruación.

Cuando le preguntó por qué no utilizaba toallas sanitarias, ella le señaló que si las usaran las mujeres de la familia, no quedaría dinero para comprar leche...

Para impresionar a su joven esposa, el hombre fue al centro a comprar toallas sanitarias. Las pesó en sus manos y se preguntó por qué 10 gramos de algodón, se vendían 40 veces más caros y decidió que él las podía hacer más baratas.

Cuando el hombre investigó un poco más, descubrió que casi ninguna de las mujeres en los pueblos cercanos usaban toallas sanitarias: menos de una de cada 10. Según él, en las regiones rurales es peor, por lo que se horrorizó además, al enterarse de que las mujeres no sólo usaban trapos viejos sino también otras sustancias antihigiénicas como arena, aserrín, hojas y hasta ceniza. Y las que usan trapos, no los secaban al sol, pues les daba vergüenza, lo que significaba que no se desinfectaban.

Aproximadamente el 70% de las enfermedades reproductivas en India son causadas por falta de higiene menstrual, que puede también afectar la mortalidad materna.

EL HOMBRE CON LA TOALLA SANITARIA

Primero hizo una toalla sanitaria de algodón y se la dio a Shanthi, esperando que le dijera qué tan bien funcionaba inmediatamente. Ella le contestó que iba a tener que esperar un rato: sólo entonces se enteró de que el período de las mujeres era mensual.

"¡No puedo esperar un mes cada vez... me voy a demorar décadas!", exclamó y se dio cuenta de que necesitaría voluntarias.

Sin embargo, encontrarlas no era fácil. Sus hermanas se negaron, así que se le ocurrió recurrir a las estu-

diantes de medicina de la escuela local.

"Pero ¿cómo iba a abordarlas un obrero? ¡Ni siquiera los universitarios se atrevían!"

No obstante, logró convencer a 20 estudiantes de que probaran sus toallas, aunque tampoco funcionó: el día que fue a recoger sus formularios con comentarios encontró a tres de las chicas rellenándolos a última hora, lo que le demostró que los resultados no serían confiables.

Decidió que iba a tener que poner a prueba sus productos personalmente: "me convertí en el hombre que usaba toallas sanitarias".

UN LOCO CON ÚTERO

Creó un "útero" con la vejiga de una pelota de fútbol a la que le hizo dos huecos. Un amigo carnicero tocaba el timbre de la bicicleta afuera de su casa cada vez que iba a matar una cabra para que él fuera a recoger la sangre.

Luego le echaba un aditivo, que le daba otro amigo que trabajaba en un banco de sangre, para impedir que se coagulara demasiado pronto.

Pero nada de ello ocultaba el olor.

Caminaba, montaba bicicleta y corría con la vejiga de fútbol debajo de su ropa tradicional, bombeando constantemente sangre para poner a prueba la capacidad de absorción de sus toallas. Todo el mundo pensó que se había vuelto loco.

PERDERLO TODO

Solía lavar su ropa manchada de sangre en un pozo público, por lo que el pueblo entero concluyó que sufría de una enfermedad sexual y hasta los amigos cruzaban la calle para no toparse con él.

Su esposa se cansó y se fue. "Dios tiene sentido del humor: empecé mi investigación por mi mujer y 18 meses después me dejó", dice.

En vez de darse por vencido, tuvo otra idea: estudiaría toallas sanitarias usadas, pues seguramente revelarían todos los secretos.

Problemático, en una comunidad tan supersticiosa. "Hasta pedir una hebra de cabello de una mujer hace que sospeche que van a usar magia negra para cautivarla", explica.

Le entregó sus toallas a su grupo de estudiantes de medicina y las recogió después. Las puso en el patio de atrás de su casa para estudiarlas,

pero su madre las vio y esa fue la gota que derramó la copa: lloró, envolvió sus pertenencias en su sari y se fue.

"Fue todo un problema: tuve que empezar a cocinarme la comida". Lo peor estaba por venir. Los aldeanos se convencieron de que estaba poseído por espíritus malvados y se dispusieron a encadenarlo de cabeza a un árbol para que un brujo lo sanara.

Sólo logró salvarse prometiendo que se iría del pueblo. Sin embargo, continuó.

MISTERIO RESUELTO

El misterio más grande para él era de qué estaban hechas las toallas sanitarias buenas.

Había mandado algunas a un laboratorio para que las analizaran, y los resultados decían que era algodón. Pero sus propias creaciones de algodón no funcionaban.

Las que sabían eran las compañías multinacionales, pero ¿cómo preguntarles? Escribió a las grandes firmas manufactureras con la ayuda de un profesor universitario a quien le pagó limpiándole la casa. Además se gastó US\$100 que no tenía en llamadas de teléfono, y no sabía suficiente inglés. "Cuando me contestaban, me preguntaban qué tipo de planta tenía y no les entendía qué querían decir", recuerda.

Al final se le ocurrió decir que era dueño de un telar, que estaba pensando meterse al negocio y que quería unas muestras. Unas semanas después llegaron unos misteriosos tablones duros: celulosa, hecha de la corteza de un árbol.

Le había tomado dos años y tres meses descubrir de qué estaban hechas las toallas sanitarias, pero había un inconveniente: la máquina que se requería para moler este material para convertirlo en toallas sanitarias costaba varios miles de dólares.

Iba a tener que diseñar otra.

DEL OSTRACISMO A LA FAMA

Cuatro y medio años más tarde logró crear un método barato para la producción de toallas sanitarias. El proceso involucra cuatro pasos sencillos. Primero, una máquina similar a un triturador de cocina torna la dura celulosa en un material esponjoso que, con otra máquina, se moldea en forma rectangular.

Esos rectángulos se envuelven en tela no tejida y se desinfecta en una unidad de tratamiento ultravioleta.

Todo el proceso se puede aprender en una hora. La meta era crear una tecnología amigable.

La misión no era sólo expandir el uso de toallas sanitarias, sino también crear empleo para las mujeres de las regiones rurales. Mujeres como su madre, quien cuando su padre murió en un accidente tuvo que vender todo lo que tenía y trabajar como labradora. Pero su salario de US\$1 al día no era suficiente para mantener a cuatro hijos. Fue por eso que, a los 14 años de edad, este hombre tuvo que abandonar sus estudios y



Arunachalam Muruganatham no pudo terminar el colegio pues el dinero no alcanzaba.



Ahora vive con su esposa, Shanthi, y su hija, Preeti.



Este hombre empezó con su invento sin saber siquiera que la menstruación es cíclica.

